



CAPITULO XXXII

De otras misericordias que Dios le hizo en las mismas visitas y cosas harto notables.

Una de las cosas por que este pecador tiene más que adorar á Dios, es por haberle dado gracia para mejorar las almas y facilitarles los medios y disposiciones para hacerlo, y hacer más fácil lo que á todos les parecía imposible.

En una ciudad propuso hacer una Congregación de eclesiásticos y seglares, y á todos pareció imposible, y dentro de pocos días no sólo fué posible, sino que ha echado tan hondas raíces en la virtud y perseverancia, que por la bondad divina se consigue de ella y en ella muy grandes frutos, y se espera que ha de durar para siempre.

En otro lugar formó otra (en tres días) de oración y ha sido consuelo de aquel pueblo, y

los mismos que al principio la censuraban, después más fervorosamente la frecuentaban.

En otro comenzó á conferir sobre esta materia con la gente más honrada y virtuosa, y no hubo alguno que no lo dificultase; y comenzando á obrar se dispuso de manera que es el consuelo, reformación y alegría de aquel pueblo, siendo grande, comprendiéndose en ella el estado eclesiástico y secular.

De este género de sucesos, confesiones generales, amistades, paces y restituciones se han hecho muchas en todas partes, llevados de las exhortaciones de su Prelado. Y esto es bien que lo entiendan los que gobiernan almas, porque si este pecador obispo, ignorante sobre malo, sólo con hablar sencillamente y mostrar amor á los súbditos y acariciarlos en cuanto él podía, socorrerlos y servirlos, hacía fruto en sus súbditos, ¿qué harán ó qué no harán tantos, tan grandes y tan santos obispos como hay en todas partes, si predicán, confiesan y exhortan?

En todas las visitas, aunque al principio traía cama, se la quitó Dios y no se la dejaba traer ni desnudarse, ni comer regaladamente, ni de lo que tenía prohibido, y se levantaba á las cuatro de la mañana, poco más ó menos, y andaba á caballo con soles, aires y frío y tenía cerca de sesenta años y dos fuentes. Todos los días hacía

dos pláticas, y confesaba y caminaba de un lugar á otro, y siempre volvía de la visita mejor, y más gordo de lo que salía á ella, y sucedieron en ellas algunas cosas particulares.

Lo primero: le sucedió muy ordinariamente que cuando había de estar más cansado se hallaba más descansado, y después de haberse fatigado todo el día, al acabar el rosario de la Virgen, que era el último ejercicio, á las siete, y á las ocho de la noche en el invierno, entonces le venía un género de descanso y alivio tan grande, que si se comenzasen los ejercicios del día, se hallaba, no sólo con más aliento en el ánimo, sino en el cuerpo, para comenzar á obrar.

Lo segundo: de tres años á esta parte particularmente, le ha sucedido aligerarle el cuerpo y quitarle todo lo pesado de él, porque siendo así, con cincuenta y ocho años de una vida de muchas fatigas, enfermedades, jornadas, trabajos, y (lo que es más y peor) cansada, atormentada y quebrantada de pecados, apenas se puede levantar cuando se postra. Y otras veces de cualquiera cosa se cansa, aunque no ande sino trescientos pasos. Con todo eso, cuando venía á las siete ó á las ocho de la noche de hacer pláticas á pié, otras á caballo y volvía solo ó con un criado á su casa, se hallaba el cuerpo tan aligerado y suelto, como si á un hombre que era de plomo lo hubieran

hecho de corcho, y solía al andar ir con tanta ligereza y decir á Dios: *Señor ¿qué es esto que me dais? ¿Qué queréis de mí?* Admirado de que esto pudiese hacer; y esto le ha sucedido diversas veces.

Lo tercero: en una ocasión, después de haber predicado y hecho otros ejercicios espirituales, fundando una Congregación, viviendo entonces en un convento muy santo, habiendo vuelto á las siete y media ó á las ocho de la noche, se entró en un covo bajo para aguardar la familia y rezar con ella el rosario; y estando arrodillado en un rincón del coro, se le pusieron delante tres Santos, que eran San Bernardo, Santo Domingo y Santo Tomás de Aquino, con una presencia tan tierna para el alma y una ilustración tan amable al entendimiento, ó á la imaginación, ó á todo junto, y tan tierna y dulce, que le consoló muchísimo. Estaban con sus hábitos mismos, y que le mostraban agrado y que le asistían como sus amparadores. Y ahora no puedo escribir esto sin bien abundantes lágrimas. Era este convento de nuestro Padre Santo Domingo.

Lo cuarto: en otra ocasión, en este mismo convento, habiendo madrugado antes que se levantase la comunidad para ir á recibir la bendición del Santísimo, al coro alto, llevó una carta pastoral para que sus súbditos ofreciesen á Dios

repetidas veces su corazón, y simplemente arrodillado dijo: *Dios mío y Señor de mi alma, dad espíritu á estas palabras muertas y vida de gracia á estas obras; haced que todo sea para gloria vuestra y bien de las almas; dadme á mi trabajos y penas y á Vos gloria y alabanzas,* ú otras cosas de este género. Le sucedió que estando diciendo esto, desde la llaga de los piés de una imagen de Cristo Nuestro Señor, que estaba en lo más alto del altar, vino un rayo de luz ó fuego sobre la misma carta pastoral y de paso abrasó de manera el corazón de este pobre pecador, que hubo de derramar muchas lágrimas para poder descansar.

Lo quinto: en otra ocasión, habiendo partido con su familia por no gravar al cura con quedarse allí aquella noche, con grande ventisco y agua, con su gente, salieron después las cargas, en las cuales venía el Niño Jesús, que siempre trae consigo, y habiendo andado dos leguas de noche, lloviendo, por malísimo camino y barrancos, y estando á pique de caer la familia, y este Obispo ya casi del todo caído de la mula, ninguno cayó, siendo así que las cargas siempre llegaban en camino bueno media hora, y una después que las mulas, y que en este camino, que era malísimo, y de noche, con aguas, habían de llegar más de dos horas después; y así como llegó á la Iglesia,

pidió que con luces fuesen á buscarlas, y se pusieron á caballo para esto. Apenas salieron del lugar, á menos de doscientos pasos, poco más, las hallaron buenas, sin haber caído, ni otra cosa de daño ó dificultad, diciendo el mozo que el Niño Jesús era quien lo había traído, apenas sabiendo cómo ni de qué manera pudo llegar estando lloviendo por mal camino y andar dos horas de tiempo.

Lo sexto: en otra ocasión, visitando á caballo después que dejó el coche, saliéndole en un lugar á recibir los niños, como acostumbran, se le puso delante de la mula un niño de cinco años, arrodillado, y paró este Obispo y le dijo: *¿Hijo, qué quieres?* Y dijo el niño: *¿Dónde viene el Obispo?* Respondióle: *Yo soy el obispo.* Dijo entonces el niño, con un modo de falsía bien notable: *¿Pues qué ha hecho del carricoche?* Causóle notable consuelo, y le hizo muchas fiestas al niño, pero le dejó admirado el verle tan desproporcionado á su edad, que le daba con ironía la enhorabuena de que hubiese dejado el coche y visitase á caballo. Finalmente consoló no poco á su alma este niño.





CAPÍTULO XXXIII Y ULTIMO

Dáse fin á esta vida interior.

Desde su primera vocación comenzó el Señor á disponerle á este pecador el que anduviese con vida y ejercicios ordenados cada día, de suerte, que en todas las veinticuatro horas tuviese cierta y determinada ocupación. Y estos diarios los ejecutaba más ó menos puntualmente, conforme eran las ocupaciones y variedad de negocios ó fragilidad y miseria de este mal cristiano y sacerdote.

Pero después que su Divina Majestad le llamó perdonado de su bondad (según espera de su misericordia) á vida más abstraída dentro de una ocupación tan oficiosa, como la del ministerio pastoral, se los puso más precisos y lo llevaba, sino arrastrado, gustosa y voluntariamente compelido con la fuerza de la gracia, más puntual á seguirlos y ejecutarlo.

Vida interior

CLXXIII

Levantábase á las tres de la mañana en todos tiempos, invierno y verano (aunque al principio era á las cuatro), y en levantándose ofrecía á Dios su corazón con breves jaculatorias. Cuando el cuerpo pedía más sueño, lo animaba diciendo: *Mira que está el Señor á la puerta con todos los que le acompañan, y hacen jornada á la eternidad; levántate á seguirlo y acompañarlo, no sea que se vaya y después no le puedas alcanzar.* Con esta consideración se animaba, como si hubiera de hacer jornada; y era tan poderosa esta meditación, que de ninguna manera le parecía que podía resistirse á sus impulsos y movimientos.

LAUS DEO